

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

Chismografía madrileña.

MI TERTULIA.

No sé si he dicho antes de ahora que no soy viejo, y que aunque tampoco muchacho de la primera tijera, estoy en segunda horma sosteniendo hoy el median peso de seis lustrós y un pico que no bajará de dos, como dice con tanta gracia nuestro secundo Breton en sus *Cuentas Atrasadas*. Pero téngalo referido ó haya quedado por referir, está declarado en forma y salvada la repetición por aquello de *lo que abunda no daña*.

Entregado como todos los jóvenes á la distracción que inspiran las amorosas impresiones de los primeros años, emprendí un curso completo de holganza, en la parte posible, dando particular preferencia al tocador, al prado, á los conciertos y á los bailes; por manera, que si el tiempo invertido en ello le hubiera empleado en cultivar humanidades, no me contentaría en este momento con ser colegial de Fonseca, lucir una beca de Salamanca, ó desempeñar una cátedra en la Universidad principal; pero de mi primaria educación en semejantes elogios, solo saqué un extremo deseo de lucirme, acicalarme, comer, beber y pasear, bien satisfecho de que el no trabajar cria muy buena sangre.

Este método de vida, simulacro del de una mitad de la sociedad, me hizo adquirir grandes relaciones entre los de mi clase que, como los insectos á Faraon, así me cercaban para disfrutar mi trato, y para disertar sobre el frac de Utrilla, el vestido de Madame Adelle, el bien acabado rizo de Sanchez, el café y licores de Amato, la mala situación de las localidades teatra-

les, y los dulces de la confitería de los Andaluces, como sainete de sus dramáticos diálogos.

Uno de estos almibarados elegantes, astro luminoso de los paseos, regocijo de los saraos y boletín de la moda, era don Facundo Verduguillo, joven afable, de adornada figura, mediana fisonomía, decididor sin segundo, y cortejante sin primero, que con afectuosa correspondencia pagaba la deuda sagrada que mi estimación le imponía. Vivía soltero, dormía en una casa de huéspedes, y comía en la fonda, pasando el resto del día en las visitas, prado y café, y el de la noche en el teatro, bailes, juegos y *soires*.

Frecuentemente nos encontrábamos en los puntos de su diaria asistencia, puesto que á los de la nocturna no era mi costumbre el concurrir, porque más arreglado en esta parte, me recogía á mi casa poco despues de la oración, á ocuparme un rato en leer los folletines de modas, el calendario y la vida del santo del siguiente día, para poder gloriar á mi modo el mérito de un marido, las virtudes de la esposa, ó las gracias de la niña, al presentarme á rendir el tributo á la etiqueta en los cumpleaños ó fiestas de sus nombres. Reconvinome don Facundo por tan absurdo proceder, y habiendo empleado todos los recursos de su peculiar sintaxis en ordenar los razonamientos para persuadirme, obtuvo por resultado mi convencimiento, y en fé de ello me encontré á los pocos días siguiendo á mi amigo á la tertulia.

Dividiase esta en cuatro secciones: la primera y principal consagrada al juego y compuesta de personas de ambos sexos y encontradas edades: la segunda al baile, sostenida por los jóvenes y algun viejo *verde*: la tercera de prendas y despropósitos en que desempeñaban la

parte mas privilegiada las mamás, los niños y los imposibilitados: y la cuarta á cátedra de política regentada por varios parlanchines ya rapados, ya de bigote y larga perilla. Colocadas las salas en hilera proporcionaban un agradable golpe de vista desde la primera de ellas, porque lo animado de la concurrencia, y el bullicio moderado, imprimian un colorido selecto en tan ameno cuadro.

Habíamos apenas soltado los sombreros y gabanes á merced de un cerril montañés criado de la casa, encargado de abrir la puerta y demas servicio mecánico, cuando apareció en faz de nosotros el dueño de la casa, á quien mi amigo me presentó, como decirse suele, y yo le hice ofrecimiento respetuoso de mi inutilidad en cambio del que él me anticipó de la habitacion, pues por escaso valor que aquel tuviera, poco ó nada me hacia perder en el cambio.

Muy cortesano, le dije á Verduguillo, me parece este caballero.—Sí, amigo, es un bello sugeto, de recomendable trato y docilidad extrema. Cesante por Mendizabal, y cercenado en su haber por Gamboa, no presume vd. que carece de medios de subsistencia, porque alcanzó tiempos mas felices en que un empleado comia y ahorraba, de suerte que hoy vive con bastante independencia; y como hombre despreocupado tiene la bastante filosofía para disfrutar del mundo; sin que este se le sobreponga á él ni aun por casualidad en un solo momento.

La sala de juego era la primera, y por ella nos internamos en aquel laberinto. Parámonos al lado de las mesas observando curiosos los eclipses parciales ó totales, del festivo ó iracundo semblante de los concurrentes, y de ver rodar sobre las mesas el oro y la plata, me dijo don Facundo.—Considere vd. aquel mocito de enfrente y notará la suavidad con que al sacar palo desliza entre sus dedos el naípe.—Efectivamente, le contesté ¿y á qué se dirige esta prestidigitacion?—A robar á sus contrarios, amigo mio, y adquirir por medio de la trampa lo que la suerte le niega, porque es un tahir infame ensegnado en los vicios. Me removió como decirse suele la noticia, y agarrando del brazo á Verduguillo le conduje á la inmediata seccion de baile. Esto ya es otra cosa, proseguí. Aquí hay vida, hay mo-

vimiento, y no tratan de perderse unos á otros.—Despacio, querido mio, despacio, que de todo se halla en la viña del señor: afuera preside la ambicion de la riqueza, y aqui la del deleite; pero en ambas la ociosidad y el vicio tienen su asiento, y cuidado que no voy á moralizar, porque así cuido yo de ello como de cepillar la bata al Papa.—Magnífico bailarín, le dije á don Facundo, es aquel de la derecha, y seguramente que no de la escuela moderna de arrastra pies, porque sus cuarteos, cruzados y tejidos se acercan á lo grotesco y demuestran mas antigua enseñanza. Sonrióse mi amigo, y dando á su fisonomía un viso de compasion, exclamó.—¿Qué mucho que baile quien no come!—¿Qué, no come?—No señor, y cuanto vd. vé no es arte sino hambre, pues nada es mas ingenioso ni suministra mayor ligereza que hallarse la cavidad gastrítica vacía de materias sujetas á digestion. Ese acartonado danzante es un misero empleado que para sostenerse pudo alcanzar á duras penas una placita de 9 mil rs. anuales, de suerte que entre estirones, legales trampillas, algun mes de atraso al casero, vertirse en ropería, comprar en el rastro los manjares de su mesa, y despedirse de espectáculos públicos, cafés y cuentas con el tabernero, iba librando la pelleja con el auxilio de su haber diario de 24 rs. 22 mrs. y 130 avos de maravedí, que no fué menos su exactitud en apurar la materia y girar su dispendio sobre un fijo presupuesto. Casóse viéndose con un sueldo medio decente, y esperanzas de ascenso, pero bien pronto la salud de la patria, que es la suprema ley, reclamó el sustento del famélico empleado, y aunque ya sana la señora mia lleva una convalecencia tan penosa, en que á mi parecer consume en platos delicados mas que durante la enfermedad en pildoras y tisanas.

Lo cierto es que rebajado á 6 mil rs. tardíos y en zarzas, y cargado de familia, apenas puede sustentarla, mucho mas cuando el rigor de la moda le obliga á grandes desembolsos, porque la sociedad, calcula hoy á los hombres como á los géneros ingleses; es decir, por el brillo ó pulimento exterior. Pero Dios provee en las necesidades, pues ya que le falta dinero, le sobra humor alegre; y es tal su aficion y progresos en el bai-

le, que por su ligereza parece punto imposible que haya merecido mas á la leccion de los ministros, que á las de Veluzi, Vesuguillo y Bensano.

La música con el paso doble del último rigodon, nos anunció la conclusion de los de la tanda; y como mi objeto en aquella primera noche se limitaba á informarme de los pormenores dignos de atencion; obligué á mi amigo á que me siguiese á la inmediata pieza, á lo que asintió, no sin mostrar alguna repugnancia, porque hubiera preferido tomar asiento al lado de alguna fatigada dama, para cuidar de su abanico y mostrarse inexorable al negar á la belleza un vaso de agua, que la hubiera ocasionado un catarro pulmonar, hallándose sudando ó *caldeada*, que en sentir de don Facundo, debia de sustituirse este verbo al otro, por mas decente y de mas armónico sonido.

Estraordinario contraste ofrecia seguramente la vista del tercer departamento, porque alli todo era calma, al paso que en el anterior todo movimiento y risa. El juego de los despropósitos ocupaba entonces la rueda de viejas mamás, prudentes papás y revoltosos niños, y apenas asomamos á la puerta, cuando nos vimos obligados á celebrar las ridiculas combinaciones que se presentaron. —Se me ha preguntado, dijo una tuerca, *para qué sirve la España*; y se me contesta, que *para hacer pepitoria*. —La señora me dice, prosiguió otra, *para qué es bueno un ministro*; y este caballero me responde, que *para divorciarle de la justicia*. —¿*Para qué sirve un literato*? —*Para ayunar*. —¿*Para qué sirve un bruto*? —*Para ser tesorería general ó fábrica de moneda*. —Y otras sandeces por este estilo.

Siguiéronse los juegos de prendas con sus interminables sentencias de berlinas, ramos y contentamientos con comitiva y sin ella, y como la novedad no era capaz de distraerme, me dirigí, dando el brazo á mi amigo, á la última pieza.

¿Quién es capaz de describir cuanto alli pasaba? Por una parte en un corrillo de hombres graves, que ninguno bajaba de un tercio de siglo, se leían con detencion varios periódicos, comentando sus noticias y reservando, por desconfianza de los que les escuchaban, los dictámenes que de hallarse solos hubie-

ran emitido. Otros de no menos seriedad, pero de mas vivo semblante, discutían sobre las relaciones de la Francia con la Inglaterra, la alianza de las potencias del Norte, la necesidad de los Estamentos, y el ansia de una paz general. Y otros, en fin, símbolo del movimiento perpétuo, subidos sobre las sillas y encaramados en las mesas, perorando con mas vigor que el de un misionero capuchino, apoyaban los rompimientos, y nos rompían verdaderamente la cabeza con sus desaforados graznidos. Hizo-me el cuadro recordar lo de Wasington en el pais de las monas; y considerando que nada podia deducir de aquella confusion, sino un convencimiento íntimo de que el bien personal era el móvil de cada *quisque*, me sali mas que de paso de aquel Babel.

Las doce marcaban ya los relojes cuando concluimos nuestra visita. Poco podíamos aprovechar de ella; pero habíamos entretenido el tiempo y el objeto quedaba cumplido. Tomamos el camino de nuestras casas, adonde llegamos *extasiados* entre el delicioso ambiente *letrínico* que á semejantes horas se respira por las calles de la corte. Despedímonos para el siguiente dia, y yo dormí hasta las 9 de él, en cuyo momento me levanté á escribir este artículo para escusarme con no salir de casa, sino despues de las doce, de cargar con el polvo de los barridos, que en otro tiempo era nocturna operacion, y ahora se ejecuta en el centro del dia.

El Fisgon.

REMITIDO.

Si lanzamos una mirada inteligente sobre las preciosas páginas de nuestra antigua historia, y partiendo de este monumento luminoso (que es la verdadera manifestacion de los adelantos de la sociedad), recaudamos en nuestras investigaciones todos aquellos elementos que forman la escala de la generacion, no podemos menos de considerar al hombre privilegiado por la mano augusta del Ser supremo, y de verle en el lugar que la Providencia le coloca; admirando á la par aquella perfecta armonía, aquella proporcion geométrica que regulariza to-

das sus facultades intelectuales, haciéndole descollar ventajosamente sobre el resto de los demás seres orgánicos.

Las tradiciones que la misma historia de los pueblos contiene de dulces himnos y cánticos, espresion del enagenamiento fantástico de los primeros moradores del mundo, dejan entrever al filósofo que la imaginacion de aquellos seres, deslumbrada por el aparato sublime, complicado, sorprendente y magestuoso que la naturaleza á sus ojos ofreciera, detuvo sus progresos, y paralizó su rumbo.

La poesía, la credulidad sin exámen de las cosas, y el entusiasmo en su acepcion comun, ocuparon exclusivamente el primer período del género humano, porque su inteligencia entonces no se hallaba en sazón para admitir otra clase de impresiones mas duraderas y fuertes.

Que el espíritu humano se desarrolla siempre sujeto á las sábias leyes del autor del mundo, es un axioma inconcuso, por consecuencia la buena direccion de nuestras acciones, mediante la libertad individual que gozamos, depende de la filosofía, como poseedora de grandes verdades lógicas y objetivas en que se encuentra representada la realidad de las cosas, explicando el origen y tendencia de las artes, de las ciencias, de la religion, &c. De aqui dedúcese que no puede ser perfecta sin el estudio y continuada esperiencia, que se fortalece á sí mismo con las realidades efectivas nacidas de la madura reflexion, y se hace últimamente dueña de todos los principios generales, de los fenómenos mas complicados, enriqueciendo nuestro entendimiento con un caudal inmenso de nociones que le revela.

Para convencerse de su verdadera utilidad y estension, basta atender á los objetos esenciales que abraza: porque analiza psicológicamente las facultades del alma, explicando cuanto por medio de nuestra razon natural y de la lógica llega á adquirirse; enseña todo aquello que puede aprenderse por medio de los sentidos; y trata finalmente de nuestra perfeccion moral.

Esta plenitud de ideas, este punto culminante de la sabiduria, parece á la verdad inaccesible si atendemos ya á la corta vida del hombre, ya á la limitacion de sus órganos; empero no obstante la

adquirimos y la guía mas segura, eficaz y cierta es el conocimiento de la física.

El estudio de la naturaleza, reservado en otro tiempo á muy pocas personas, le vemos en el dia amplificado extraordinariamente, no solo á aquellas que á él se dedican por mera curiosidad ó aficion, sino ejercitado por hombres que cifran en esta ocupacion esclusiva la ventura de su porvenir, la instruccion y conocimientos que produce la observacion de los fenómenos admirables que nos cercan, poniendo en juego la parte sensible que trasmite al cerebro las impresiones que sobre los órganos ejercen: nuestras acciones de este modo llevan el sello de la evidencia, y no están sujetas al error.

A nadie por lo tanto, sea cual fuere el objeto de su carrera, puede dejar de ser de gran provecho el conocer la física, pues si bien el intentar deducciones de la posicion, giro y movimiento de los planetas respecto de la suerte futura del individuo, y mirar estos falsos pronósticos como avisos indirectos del cielo, es una paradoja entre los hombres sensatos; esta misma influencia cooperativa de los cuerpos celestes en lo que se llama atmósfera, se deja sentir en los vivientes de un modo tan marcado é indubitable, que basta un poco de observacion sobre nosotros mismos para conocerlo. Por eso nos sentimos tocados imperiosamente por el afán de depurar la condicion y naturaleza de tan grandiosos agentes; por eso nos entregamos al estudio analítico de las propiedades de los cuerpos, los meteoros atmosféricos, los astros, el aire que respiramos, el agua que bebemos, y el suelo que pisamos.

El hombre mas estúpido alza sus ojos al cielo y vé con sorpresa y asombro su grandeza y magnificencia.—El sabio la contempla y estudia con júbilo; busca ávidamente los efectos para remontarse al origen de las causas, y su imaginacion divaga en el vasto espacio.

Desde las doctrinas de los Egipcios, que recapitulan los Griegos, consulta los sistemas de Keppler, Galileo, Newton, Leibnitz, Whiston, Buxnet, Woodward y demás astrónomos que han legado á la posteridad sus trabajos, inmortalizando con el valor de sus obras su grata memoria, y en ellos encuentra recursos

infinitos á su deseo; muchas é importantes verdades científicas.

El juicio de su existencia y de la de los demás cuerpos, es el primer paso de sus indagaciones, y lo que en filosofía llamamos atención: compara después entre sí el producto de sus observaciones, y concluye por formularlas con el raciocinio, que son las facultades que constituyen la inteligencia humana. ¿Qué ramo ni qué estudio podrá poner en ejercicio tan simultáneamente y á la par, estas operaciones intelectuales mejor que el de la física?

Tantos y tan inagotables medios halla ostensiblemente el joven estudioso para recreo y utilidad en esta sección de la literatura que, como antorcha resplandeciente, aclara y facilita el camino de sus progresos: cultivemos pues tan preciosa mina del saber, que sus delicados frutos fortalecen el entendimiento y sustentan nuestro espíritu.

M. J. Pascual.

POESIA.

AL HUMOR NELANCOLICO.

¿Quién eres tú que late
sobre la estirpe humana,
tras de sus males tantos
ennegrecidas alas?
¿Por qué luchas impune
con desiguales armas,
y al adalid mas bravo
le rindes á tus plantas?
¿Por qué en el pecho moras
con invisible daga,
y al corazon mas puro
viéndote le matas?
¿De donde tú procedes
que súbito derramas
sobre el placer naciente
la copa envenenada?
¿Eres acaso el tedio
que hace brotar del alma
aquella mortal chispa
que hasta su esencia abrasa?
Sin duda que un Dios eres
y del abismo lanzas
aquel disgusto eterno,
que agosta la esperanza.
Con tus inmensos brazos
la humanidad abarcas,
y tu dogal tendiendo
anudas su garganta.
Como la nube densa

que el sol jamás aparta,
al cielo incomunicas
con la humanal desgracia.
Peleas, cual Proteo
con armas mil, tan varias,
que si es fácil sentir las,
difícil es burlar las.
Contra tí la energía,
del entusiasmo es nada,
la inspiración sucumbe
bajo tus pies postrada.
El heroísmo fiero
quiebra al verte su lanza,
y esconde confundido
su faz ruborizada.

¿De qué sirve el consejo
que dá la ciencia vana,
que contra tu influencia
una conciencia sana?
como te reta nunca
una virtud probada;
¿Si tú eliges el campo,
y siempre con ventaja
hieres como te place,
dónde y cómo te agrada,
¿cómo burlar el golpe
de la punta acerada
de tu puñal, si diestro
narcotizas el alma,
y en su sopor inerte
hasta la cruz le clavas?
Con rasgos indelebles
al infelice marcas,
que aleve sacrificas,
aunque ocultes el ara.
La víctima inocente
que en tu furor señalas,
revela en sus heridas
los filos de tu espada.
Juzgo en el rostro lívido,
tuya la color cárdena,
los párpados de plomo,
la vista amortiguada,
las órbitas de lirio
que enlutan la mirada.
La pálida mejilla,
la cabeza abismada,
el continente lacio,
la aptitud desmayada,
el sepulcral silencio,
la muerte dilatada
tan solo á tí conocen
por su eficiente causa.
¡Ay! del desventurado
en quien tu sello estampas,
para el naturaleza
con sus pompas y galas
será, lo que es al ciego
los lienzos y las tablas
en que el pincel de Urbino
bellezas puso tantas.
Al través de tu prisma

cual lámpara apagada
suspensa al firmamento
parecerá la llama
del luminar del día,
en tinieblas trocada.
Nadie en el mundo puede
cicatrizarse las llagas
que en el corazón abres
con tu aparente calma.
Indiferente á todo
solo en tu humor se baña;
impenetrable á cuanto
fuera del pecho pasa,
ni el suspiro le afecta
de la persona que ama,
ni de su esposa tierna
las encendidas ansias,
ni de sus caros hijos
el llanto que derraman
para aliviar del padre
la situación amarga.
No escucha del amigo
la voz ni la plegaria,
ni admira de las artes
las producciones varias,
ni los acentos oye
de aquella virgen casta,
que en el silencio gime
por él enamorada.
Ni Baco con sus raptos
ni Venus con sus gracias,
ni las aves que trinan,
ni el ruiseñor que encanta,
tienen influjo alguno
sobre el humor que amaga.
Triste de aquel que toca
tu incomprensible vara,
pues que llevando el tedio
hasta el fondo del alma,
solo á la tumba es dado
librarla de tu saña.

M. A. Berzoso.

ORIENTAL.

El viento gemía en los solitarios montes
y la lluvia azotaba los altos mirabetes de
las mezquitas de la ciudad de las cien
torres. Preñadas nubes se dibujaban en
el horizonte, y parecen prontas á descar-
gar un horrible chubasco sobre la ciudad
de oro y placeres, la bella Granada.

El cielo estaba triste, triste como el ar-
diente corazón de Muley el abencer-
raje.

Muley, el orgulloso moro, cuya pre-
sencia se atraía tras sí las miradas de las
bellas granadinas, cuya lanza había he-
cho morder el polvo á cien de sus con-
trarios, cuyo pecho estaba abierto á la
generosidad y cerrado á la intriga y á la

envidia, había caído en desgracia de su
Rey, y salía proscrito de la ciudad de los
bellos ensueños.

En la cumbre de un monte cercano á
Granada, vuelve sus ojos á la ciudad que
le fué tan querida, y al ver las cúpulas
de las mezquitas y las torres de la brillan-
te Alhambra dibujadas entre la niebla,
así esclama su dolor.

--«Adios, ciudad donde tranquilamente
se meció mi cuna; adios, ciudad, testigo de
mis glorias y triunfos; adios. Grato te sea
oir el último adios del proscrito dirigido
á tus almenas, y salido débilmente de sus
labios.»

«De hoy mas mi pecho estará triste,
triste como un día sin sol. Ya no soñaré
en las houris de Mahoma, ni en las precio-
sas manzanas, fruto aun mas precioso ema-
nado del gran árbol (1), ni tendré en mis
harenes jóvenes georgianas de mirada in-
dagadora, voluptuosos ademanes, seno de
alabastro y hermosa faz. Todo en mi alre-
dedor será triste, triste como el corazón de
Muley cerrado á la ventura.»

«¿Do fueron aquellos felices tiempos en
que era mi divisa: «Mi Dios, mi honor y
mi dama?... Tiempos en que los primeros
rayos del sol, coloreando las avenidas de
la plaza de Vivarrambla, me contemplaban
vencedor, y los postreros rayos de este as-
tro poniente al esconderse tras las monta-
ñas no me veían aun vencido?»

«Tiempos felices en que los trofeos que
ganaba mi brazo iba á depositarlos á los
pies de Moraima, la bella granadina, cuyos
ojos bellos cual la luz del crepúsculo, es-
pedían una ardiente mirada que mi cora-
zón recibía orgulloso de poseerla.»

«En aquel momento no hubiera trocado
mi suerte por un mundo, y las miradas
que recibía yo, vencedor de los juegos, de
cien mil almas reunidas en la plaza de Vi-
varrambla las hubiera trocado por tan so-
la otra de la houri de mis ensueños.»

«¿Dó están estos tiempos felices? ¿qué se
han hecho de aquellos días de delirio, em-
braguez y de amor? Han pasado ligeros
como el ave que vuela sobre nuestras ca-
bezas, como el viento del desierto que
menguada su furia no deja para su recuer-
do mas que los cadáveres de algunos hom-
bres sepultados entre las arenas.»

(1) Creen los musulmanes que Maho-
ma en medio de su paraíso erigió un árbol
tan enorme que sus ramas cubiertas de
hojas de oro y plata, se extendían hasta las
murallas del mismo paraíso. En el ban-
quete que Mahoma dará á los verdaderos
creyentes, se servirá á cada uno en los
postres, una manzana arrancada de este
árbol, de la cual saldrá una hermosa joven.

«Adios, pues, Granada, ciudad donde han corrido largo tiempo mis años, ciudad donde muellemente reclinada en un lecho de rosas descansa la bella que idolatra mi pecho, olvidando ya quizá al tierno amante que proscrito vaga sin direccion por entre bosques y montes.»

«Bella Granada, adios: Voy á morir lejos de tus confines, pero mientras viva se acordará el Abencerrage de la ciudad ingrata á sus caricias y que le ha espulsado violentamente de su seno.»

Así dijo: y humedecidos su ojos en llanto, volvió la espalda, y fue la última vez que divisó las torres de la Alhambra y los muros de su ciudad nãtiva.

V. Balaguer.

CLARA.

Hará un año, hacia el mes de octubre de 1839, dos hombres bajaban al paseo de Granada; el uno melancólico, silencioso y triste, porque habia recibido lecciones duras de la sociedad; el otro alegre, porque aunque las habia recibido tambien, se hacia superior á ellas y vivia contento en medio de tantos males. El segundo procuraba distraer al primero de sus melancólicas reflexiones, y un coche que pasó junto á ellos vino á darle ocasion para realizarlo. En la cabecera del coche iban una señora y un caballero elegantemente puestos: al cristal, una jóven hermosa sencillamente adornada.—¿Ves esa jóven?—Sí, dijo el desgraciado Luis, por cierto que es muy hermosa.—¡Sí! ¡sí! muy hermosa. Aunque haya mucho que admirar de sus brillantes proporciones, hay mas aun de esta atraccion que no se puede explicar, sino sentir. Imagínate una de estas personas á quienes miramos con entusiasmo y de las que nuestros ojos no se quieren apartar porque todo entalle como en su fisonomía, en sus atractivos como en sus formas, concurre á formar un conjunto de armonía perfecta; una de estas personas de quienes la naturaleza se enamora al formar su obra, y formándola prodiga la gracia de sus movimientos, el encanto en todas sus expresiones, al mismo tiempo que le dá la exactitud en las formas y el brillo de los colores, y te habrás imaginado á Clara.

En esta persona tan encantadora que he procurado pintarte, y que tú has visto pasar ligeramente delante de tus ojos, observadores severos habrian podido ver un defecto, y es de ocultar sus sentimientos y no comunicar quizá bastante su voluntad; todo estaba en el fondo de esta bella creación: en su fisonomía encontrarias en el mas alto grado la dulzura, la

sumision, la gracia; tú habrias buscado en ella, en vano, la luz de una alta razón y la nobleza de una resolucion fuerte: este era el único defecto quizá del carácter de Clara: si en lo físico la mejor cualidad de una muger es la hermosura; en lo moral la dulzura, la obediencia y esta facultad desinteresada que arrastra un ser á ser absorbido en otro; son las principales cualidades en su alma. La razon calmada y comprensiva, la fuerza en la voluntad, son la heredad del hombre en la moral, y en la parte física el vigor del cuerpo. Pero es evidente que estos dos seres destinados á unirse tambien, lejos de ser exclusivos el uno del otro, deben participar sus cualidades mútuas: así el carácter del hombre es tanto mas perfecto cuanto mas se pueda representar en él la condescendencia y la benignidad unidas á la fuerza, y nada realza tanto el carácter dulce y cariñoso de la muger, como la docilidad en dejarse llevar por el hombre y hacer su dicha. La bella modificacion de la naturaleza de la muger que la obliga á buscar un hombre para amarle como una influencia superior á la suya, á la cual se adhiere; pero que no puede obrar sin este agente exterior. faltaba á Clara: era débil como son todas las mugeres.

Mucho me he detenido en este preámbulo, y entro de lleno á referirte su historia.

Clara era hija de un matrimonio pobre que vivia en el pueblo vecino de la Zúbia: sus padres la dejaron huérfana en muy corta edad: los dos de una hermosura privilegiada no habian tenido la paciencia necesaria para esperar unirse cuando se hubieran hecho una fortuna independiente: se habian casado muy jóvenes: los dos heredaron de la naturaleza una complexion endeble, poco comun por fortuna en las gentes del campo. Así es que cuando Clara nació, al fin del primer año de matrimonio, el amor tenia ya por compañeros la miseria y el sufrimiento; pero la hija no participó nunca de su miseria: idolatras de este fruto del amor y de la hermosura, que desde sus primeros dias fue la admiracion de cuantos la vieron; sus padres cuidaron siempre de ella con la mayor ternura y satisficieron todos sus caprichos.

La madre murió poco tiempo despues del primer año de su matrimonio; el padre acabado por la pena y por un trabajo excesivo, se reunió á su muger dejando á su pobre Clara al cuidado de una tia vieja solterona, que despues de haber sido mucho tiempo en Granada doncella de labor habia vuelto á establecerse en el pueblo, donde la desgracia y la horfandad suspira-

ron á la tia compasion por su hija adoptiva, y no cesaba de admirar y alabar su hermosura: «¡qué hermosa hija me ha dado Dios! No hay en Granada una que se la pueda comparar: su figura valdrá oro, dará fortuna á nuestra desgracia; yo estoy segura de que no tendrá mas que creer y ser muger para hacer ruido en el mundo!»

En efecto, en la idea brillante que Ana se formaba de los futuros destinos de su hija, se cuidaba muy poco del modo de verlos realizados: la desmoralizacion que en Granada ejercia tanto influjo sobre la clase de los criados, habia deshecho en Ana, durante los veinte años que habia servido, la facultad de discernir entre el bien y el mal, no causándole admiracion y deseo sino aquellas cosas que producen el bienestar material. Parecia que, como Gil Blas, habia servido á muchos amos: con el ejercicio de sus funciones, corriendo varios grados de la escala social, habia pasado de casa de la marquesa á casa de la bailarina, de casa de las esposas legítimas á casa de las señoras de industria; y no habia tenido menos que envidiar de las unas que de las otras: en todas ellas habia visto trages, bailes suntuosos, carruages, muchos criados, opíparas comidas, y no le parecia sino muy probable que Clara llegase algun dia á poseer todos estos bienes: algunas veces en su entusiasmo llegó á pensar que Clara podia enlazarse, por su belleza, con algun título, con algun comerciante, ó con algun inglés de los que viajan por este pais con frecuencia. Otras veces decia: «estas personas suelen ser mejores para amantes que para maridos, y de cualquier modo que sea, nosotras tendremos dinero y placeres.»

Yo no sé hasta que punto la corrupcion de su tia hubiera podido influir en Clara, á no suceder que un agente mas poderoso, el del amor, no hubiera ganado el corazon de esta hermosa jóven; por lo que ninguna influencia ejercian en ella los discursos brillantes é infames de su tia, y se entregaba toda entera al noble interés que le inspiraba un jóven que vivia enfrente de su casa.

Los lazos que los unian se estrechaban de dia en dia, antes que ellos pudiesen conocer ni su naturaleza ni su irresistible energía. Desde que se vieron, es decir, desde que Clara pudo volver á José la mirada que él mas de mil veces la habia dirigido; desde que ella tuvo una voz para responder á la voz cariñosa que tantas veces la llamó, hubo en sus corazones un instinto que los atraia, que ligaba el uno al otro. En los juegos, en los bailes, en las diversiones inocentes de los pueblos,

siempre se prestaron mútuo apoyo: Clara por sus dulces palabras y por su gracia; José por el ascendiente que un amante fuerte y enérgico ejerce sobre todo lo que le rodea.

Despues, los juegos cesaron, y les sucedieron los encuentros casi continuos, tan fáciles en los pueblos pequeños, unas veces casuales, las mas buscados y preparados.

Así llegaron el uno á la edad de veinte años, la otra á la de diez y siete. En el tiempo como en el pueblo, José marchaba comunmente al lado de Clara, y el que les hubiera visto tan jóvenes, tan bellos, con aquel contraste de hermosura que hacia resultar la de los dos no habria podido dejar de admirarlos: ella blanca, delicada; todo muger sencilla, tan interesante en sus maneras como en sus formas, su tez tan cándidamente pura, su mirada á la vez tierna y afectuosa; él moreno, negro el cabello, sus ojos negros tambien aunque sombríos, alto y revelando en todos sus movimientos la fuerza y la intrepidez. Así las analogias y los contrastes que existian en estas dos naturalezas, tendian igualmente á unirlos; ellos se atraian reciprocamente por su mútua juventud, y bajo estos encantos exteriores sentian otro mas poderoso todavia, ninguno de los dos ignoraban el sentimiento dulce que los unia, lo habian comprendido, se lo habian manifestado. ¡Cuántas veces se dijeron que el dia de su union seria el de su felicidad! Pero José conocia muy bien que este dia estaba muy distante, él se acordaba mejor que ella de la miseria en que habian vivido sus padres, de la causa de su muerte, y que antes de casarse debian buscar el medio de vivir para no dejar mañana sus hijos entregados á la caridad de los parientes. Todo esto estaba muy grabado en la memoria de José: y desde que él principió á dar cuenta de sus acciones, juró mil veces, mirando á Clara, que á pesar de los deseos impetuosos que abrigaba en su corazon, no comprometeria nunca su destino por un casamiento precipitado.

Como aparece, el porvenir de estos dos jóvenes se preparaba lo mas dulce y naturalmente del mundo: no habia que hacer sino dejar correr el tiempo, y despues de una juventud inocente, embellecida por los encantos del amor recíproco, arribar á esta union santa en la cual los primeros provechos del trabajo, juntos á las habitudes laboriosas, les hubieran asegurado las dulzuras de una vida sin mancha, y al mismo tiempo la felicidad suprema que consiste en la simpatia de dos almas.

(Se continuará.)

EDITOR: DON IGNACIO ECIX.